

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 1.º DE AGOSTO DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes...

Fuera, trimestre...

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NUM. 692

DE ACTUALIDAD

El veraneo

Nos encontramos en los días álgidos del veraneo: los trenes para las playas salen atestados de viajeros: de viajeros que nos abandonan, en busca de las frescas brisas que aquí inutilmente buscamos, sin encontrarlas por parte alguna.

Las playas, con su atracción irresistible y encantadora, solo comparable a la de una mujer hermosa, nos invitan a disfrutar en ellas gratas perspectivas y deliciosas estancias. ¡Ay! de los que bien a pesar nuestro, no nos es dable aceptar la invitación.

Torre Vieja, Alicante, Pinatar, Los Alcázares, Santa Pola, nombres son que ejercen sobre nosotros la influencia de lo consolador y de lo bello: frescos oasis en este desierto árido y abrasador, que nos brindan con inefables y puros regocijos.

Dichosos aquellos a los que ningún deber retiene lejos de tan deliciosas playas; dichosos los que en ella encuentran estación agradable en este viaje penoso y accidentado de la humana vida: los que al arrullo de las olas, ven trocarse en optimismos halagüenos los desencuentros pesimismos de otras veces.

Desechando todo egoísmo malsano, lejos de sentir el aguijón de la envidia, gocemos con los que gozan y deseamos precisamente aquello de que aquí carecemos: entretanto que nosotros «disfrutamos» aquí de la más alta temperatura, después de la de Sevilla, que registra el termómetro entre todas las poblaciones de España.

Porque de esto, si que podemos vanagloriarnos; si por el número de habitantes es Murcia la sexta capital de España, por lo que al calor respecta ha llegado a categoría de segunda; y si aquí no se derrite el asfalto en las calles, es porque no nos permitimos el lujo de tenerlo.

INSTANTANEAS

Los chumbos

Arreglados en sus filas sobre los corvos del Plano, están los higos de pala, verdales y boticarios para regalar el gusto de los que aquí nos quedamos y son el clou de las noches aburridas del verano.

¿A como pelar? le dice al higuero un novio. —A cuatro.

—Pues yo me voy a otro puesto donde pelen más barato.

—Es que son del Canario y pesan como diablos; pero, en fin, si quiere, a seis se los pelaré.

—Pues vamos. Suegra, suegro, novia y novio se acomodan bien sentados y comienza el de los higos a rajar el fruto clásico ofreciendo dulces y frescos el turrón alimbarado.

Callan todos y tal prisa el que pela se va dando que tienen los dos carrillos como bombas de inflamados y a más de los de la boca tienen uno en cada mano.

Quieren hablar y no pueden y ven que se está pasando el de los higos del límite

de su económico gasto, y como que el novio siempre suele ser quien paga el pato hace un esfuerzo y le dice al que pela:—Cuente cuantos higos llevamos comidos, porque usted acelera el paso y no es posible seguirle a no comer a lo pave.

El tío sigue y no escucha las razones, pasa un rato y otra vez sin darse cuenta se ven casi atarugados con otro en cada carrillo y con otro en cada mano. Otro momento de lucha y sin poder decir ¡alto! por lo que el novio por señas ordena al higuero el paro.

—¿Cuánto valen? —Poca cosa, cortezas hay ciento cuatro; total seis reales.

—¡Qué bruto!

—¡Es un robo!

—¡Es un escándalo!

—Oigan, cuidado a la lengua.

—Esto es un robo y no pago.

—¿Que no paga? Señorito está usted equivocado.

—Pues adió; verás si es cierto. Y me lo coge el huertano y le mete la cabeza en el corvo...

—Está muy malo;

se le ha hinchado la cabeza que parece un fiel retrato de una maza de guerrero de aquellos tiempos romanos.

Como atranque no hubo atranque, pero atrago, si fué atrago.

Florencio Ejer de Larra.

Murcia y Pulido

El «Heraldo de Madrid» legado hoy publica unas declaraciones del Sr. Pulido sobre la tan debatida cuestión del pimiento. No es de extrañar que en ellas, consecuencia con su informe, defiende calurosamente la mezcla del aceite, con lo que defiende implícitamente la adulteración, de que es aquel (el aceite) alcahuete.

El Sr. Pulido defiende la mezcla, entre otras razones, por cariño a los huertanos que contra ella protestan y de ella abominan. Es tal la simpatía que nuestra población rural le causa, que informa contra sus aspiraciones, creyendo que con ello las favorece mejor que si las apoyara.

El argumento no puede ser más peregrino, y no faltará quien lo interprete como el escarnio añadido al perjuicio, como la burla con que se agrava el daño que se pretende inferir.

Ese cariño de Pulido a los huertanos, que le induce a atentar contra sus intereses, es algo así como la corona de espinas y el cetro de caña con que el pueblo decidido escarnecía al mártir redentor. «Su condición humilde, la bandera de la pureza y de la moralidad que defiende, la energía de su resolución... todo atrás y conquista». Pero otras razones imponen al Sr. Pulido ir en contra de los humildes, en contra de la pureza y la moralidad.

Pero aun todo esto, con ser de tanto bulto, con revelar tanta «frescura» en el Sr. Director General de Sanidad, hubiéramos podido pasarle por alto, de no comenzar las declaraciones del Sr. Pulido con frases y conceptos, que a fuer de murcianos, por calumniosos y falsos, rechazamos enérgicamente.

Refiriéndose el Sr. Pulido a la agitación de los huertanos, contra su informe, que alguien ha calificado muy acertadamente de «himno cursi a la adulteración» escribe lo siguiente:

«No me ha sorprendido este alboroto, porque contaba ya con él para en cuanto se supiera mi opinión. En Murcia se acude, por natural instinto, al efecto de la amenaza, las manifestaciones callejeras y los escándalos, y este es un factor que utilizan a menudo los descontentos».

Ya lo saben los murcianos todos. Somos un pueblo de escandalosos por instinto, según afirma el Doctor Pulido.

Así trucea sus amores en desdenes, sus ditirambos en insultos, aquel Pulido, que candidato cunero a la diputación a Cortes, hablaba en manifiesto celebrísimo del ceceo de las murcianas y nos ofrecía su corazón... y un puente sobre el Segura.

Y sin embargo, Murcia es un pueblo sufrido, sobradamente sufrido, prudente, excesivamente prudente. De no haberlo sido tanto, en fechas, en acontecimientos a que vá unido por triste privilegio el nombre de Pulido, se hubieran registrado jornadas luctuosas, y no solo protestas más ó menos ruidosas, más ó menos indignadas, pero sin consecuencias tristes al fin.

Lo que ocurre es que el nombre del Sr. Pulido, desde que sonó por primera vez en Murcia, ha sido una provocación constante al desorden, a la alteración de la tranquilidad pública; y las agitaciones producidas por esta causa, contenidas siempre en los límites de la mayor sensatez y de la mayor prudencia, le sirven ahora de argumento para calumniarnos, queriéndonos presentar como un pueblo de gentes escandalosas y alborotadoras.

En nombre del pueblo cultísimo de Murcia, cuya hospitalidad generosa é hidalga pagan algunos con tan negra ingratitud, protestamos del dictado de escandaloso con que le ofende el Dr. Pulido.

UN CUENTO DIARIO

Uno de... tontos

Mi amigo Magin Chistoso, autor cómico aun no conocido, pero que lo será con el tiempo, me acompañó un día a tomar café, y me dijo entre otras cosas:

«La gente se figura que el «género chico» produce, a los que a él nos «consagramos», pingües ganancias, y que nos es facilísimo hilvanar una picecilla, de modo que venimos a ser (en opinión del vulgo) unos mimados de la fortuna, puesto que con tan poco trabajo nos ganamos la vida. ¿Ha visto usted qué error tan craso?»

—¡Crasísimo, amigo Magin!

«Pues apenas es tarea árdua complacer al monstruo de cien cabezas que se llama público! Antiguamente, hace unos treinta años, el público era más benévolo... Se anunciaba en los carteles una obra del género festivo y acudía al teatro con el propósito de reírse, y se reía... Aunque la exposición fuera un poco larga, tenía paciencia para aguardar a que llegasen las situaciones cómicas y los chistes, diciéndose: «Ya me divertiré». Ahora, no señor; quiere que en cuanto se levante el telón, sin pérdida de tiempo, comience el interés, lleven chistes y se arme el lío. Nada de exposiciones largas! La brevedad ó el pataleo! No hay otra disyuntiva... así es que no sabe uno cómo arreglarse para poner en autos al público (y en media escena) del parentesco, afinidad, estado, posición, relaciones y demás circunstancias de los personajes que han de figurar en la obra. Para eso, los franceses... ¡Hay que reconocer que son maestros en el arte de entrar pronto en materia! Leí una comedia francesa, cuyo título no recuerdo, que comenzaba así:

«La escena sola al levantarse el telón. Sale Berta precipitadamente por la segunda colateral izquierda, con una carta en la mano.—Detras de ella Raul, que quiere apoderarse de la carta.»

ESCENA PRIMERA

Berta.—Raul.—Luego la doncella.

Raul.—(excitadísimo.)—¡Entrégame esa carta!

Berta.—(con entereza) ¡No!... ¡Imposible!

Raul.—¡Dámela ó hago una barbaridad! Esa carta es de algún hombre, de algún rival. (Suena un campanillazo.)

La doncella.—(desde el foro, con aire consternado) ¡El señor viene!

Berta.—¡Mi marido! (Oculta precipitadamente la carta y se sienta.—Frente a ella se sienta también Raul, como si estuviera de visita.)

—¿Eh? ¡Vaya una exposición de mérito!—siguió diciendo Magin.—Con cuatro palabras queda enterado el público de los amores adúlteros de Berta y Raul, de que ella también le es infiel a su amante, y de que la doncella está en el ajo... Eso es escribir comedias! Eso es una idealidad modernista!

—Hasta podría terminarse ahí el acto,—le dije quedando pendiente el

interés, y el público muy intrigado por saber en qué paraban aquellas misas. Como en las novelas por entregas ó en ciertos folletines... Si ha leído usted «Jerónimo Paturó», la más famosa obra de Reybaud, recordará que cita en ella una novela de folletín en que la heroína, Ethelgida, estando en su lecho ve aparecer de pronto, saliendo de la pared, una mano que sostiene por los cabellos una cabeza sangrienta y desfigurada... ¿De quién era aquella mano? ¿De quién era aquella cabeza?

—A un lado bromas—contestó Magin Chistoso.—Yo sostengo que esos recursos para excitar el interés son de primera fuerza, y aplicados al género cómico dan excelentes resultados. Las exposiciones breves, compendiosas y «salpicadas» de chistes son el primer envite para conquistar a los «morenos». Pero... ¡vaya usted a poner chistes en esos primeros diálogos expositivos, donde no se dice nada de particular! Por ejemplo:—Ya sabes que mi tío posee una hermosa finca en Aranjuez.

—Mi marido tiene la costumbre de tomar el chocolate con merengues de fresa, y detrás una copita de anís del mono.

—Le debo veinte pesetas a la lavandera.

—Hace ocho días que vivimos en esta casa.

—Dile a la chica que traiga un manojo de espárragos, etc., etc.

Todo esto puede ser necesario decirlo para la buena comprensión y claridad del argumento, pero ¿qué demonio de chistes pueden meterse ahí? Ni pardos, ni verdes, ni de ningún color... Yo tengo la desgracia de que no se me ocurren más que chistes verdes, que ahora están muy castigados por la crítica; y eso que dan dinero... A cierta clase de público le gusta siempre esas cosas. ¿Sabe usted el dinero que ganó la «Bella chiquita» con la danza de vientre? Pero multaron a algunas empresas y a ella la suprimieron en nombre de la moral...

—¡Injusticias humanas!—le dije.—Si solo fué por mover el vientre...; me parece que más que la «Margarita» de Loeches y nadie la persigue!

El amigo Magin, sin decir palabra, extrajo del bolsillo un cuaderno y un lápiz, y escribió rápidamente un par de líneas.

—¡Magnífico!—exclamó luego.—Acaba usted de regalarme un chiste pisto-nudo.

—¿Qué libro es ese?

—El que utilizo para apuntar los chistes que oigo por la calle, en visita, en cualquiera parte... Tengo una gran colección de reserva, que aplico oportunamente según voy enjaretando escenas.

—¡Hombre! Eso de la oportunidad es lo que encuentro difícil.

—¡Facilísimo!

—A ver; explíqueme usted cómo los encaja en situación, porque supongo que no los pondrá usted a granel, como quien siembra trigo.

—Poco más ó menos. Esos son secretos del oficio; se busca un rodeo, se los prepara antes y se los hace entrar a la fuerza.

—¡Diablo! ¿Me permite usted ochar un vistazo a ese cuaderno?

El amable Magin me alargó, sonriendo, su almanac de chistes, y vi que el texto se componía de renglones cortos, palabras sueltas, parrafillos incomprensibles, apuntes, notas enigmáticas y abreviaturas indecifrables.

—Ya sabía yo—me dije al verme perplejo ante aquel rocamboque, que no entendería usted ni una palabra...

—Efectivamente... Pero sepamos; esto que aquí leo: «Camisas instructivas» ¿qué significa?

—Ah, sí! Es una «gedonada» aplicable a cualquiera que vaya a hacer un viaje a Holanda; las camisas «con vistas de holandá» pueden instruirle acerca de aquel país.

—¡Demonio! ¿Y este otro apunte que dice: «Los cuatro echos?»

—Para cuando se tercie presentar en escena un tipo de socialista exaltado. Todos claman por los tres ochos, pero él pedirá cuatro: ocho horas para trabajar, ocho para dormir, ocho para no hacer nada, y ocho para visitar a la familia.

—Con días de treinta y dos horas ¿no es eso? Ese hombre tendría que declararse el José del siglo XXI. ¿Y esto que ha escrito usted aquí? «Papel de la Deuda flotante».

—Por lo de «flotante» lo aplicó a la marina; será un nuevo salvavidas... Y también se lo recomendaré a la «Sociedad de salvamento de naufragos».

—Basta, amigo Magin!—le dije devolviéndole el cuaderno.—Quedo con-

venido de que tenga usted ahí una mina de chistes. ¡Que Dios le dé salud para colocarlos bien!

—Gracias. Y se marchó, prometiéndome volver otro día para hacerme nuevas y maravillosas revelaciones.

Ramiro Blanco

En la Merced

Casi dos meses faltan aun para la celebración de las fiestas mercedarias, y el entusiasmo de aquellos vecinos es tan extraordinario, que no parece sino que nos hallamos en vísperas de dichas fiestas.

Anoche hubo un disparar de bombas tan ruidoso y tan continuado, que semejaba un verdadero bombardeo: en muchas leguas a la redonda debió escucharse aquel horrísono estallar.

Se celebraba con un estrepitoso salvata la constitución definitiva de la junta directiva: esto es, del flamante ministerio, el mismo que el año anterior actuara, corregido y aumentado en el presente por la soberana voluntad del patriarca máximo.

Los nombres de los consejeros responsables, que tan gran éxito obtuvieron en los brillantísimos festejos del año anterior, son una garantía para los del presente, que sin duda alguna habrán de superar a aquellos en esplendor y magnificencia.

Las noticias que tenemos, respecto a los festejos que se preparan, son de verdadera sensación; pero se nos ha exigido una reserva absoluta, porque se organizan sorpresas de primer orden, que van a constituir un acontecimiento local.

Tendremos al corriente a nuestros lectores de cuanto se relacione con los grandiosos festejos que van a tener lugar en aquel simpático y rumboso barrio, en la segunda quincena de Septiembre próximo.

LA CUESTION DEL PIMIENTO

Respuesta al Sr. Pulido

Breve, pero sustanciosa en extremo, es la carta inserta en «El Imparcial» de ayer y en la que el Sr. Pulido pretende, más que destruir mis argumentos, justificar su conducta.

Duéleme sobremanera que a la cortésia y a la buena fe por mí empleadas correspondiera el Sr. Pulido acusándome de haber hecho uso de recursos de mala ley, imputándole juicios y prejuicios inexactos. Apelo a los que hayan leído mi modesto trabajo. No en uno, sino en distintos sitios consigné la rectitud y la sinceridad con que había procedido el Sr. Pulido al redactar su Memoria.

Y vamos con la sustancia de la carta. El Sr. Pulido demuestra en ella de un modo concluyente que al estudiar la cuestión y al dar su dictámen ha tenido en cuenta sobre todo el interés del comercio. Ignoraba yo que los intereses de éste y de la industria estuvieran encomendados a la Dirección general de Sanidad...

Pero ni aun examinado el asunto desde ese punto de vista tiene razón el señor Pulido. En la parte de la Memoria en que se publica la correspondencia de la Dirección general de Sanidad con los comerciantes, se verá lo que dicen a este respecto muchos que prefieren el lucro honesto a la ganancia que proporciona el fraude.

«Extraña teoría la de los que anteponen los intereses de los industriales y comerciantes, de los intermediarios, a la de los productores!»

«La información comercial... Aparte de que muchos comerciantes nacionales y extranjeros, según indico antes, afirman que ellos y sus consumidores prefieren el pimiento puro al mezclado con aceite, siempre resultarán cuando menos sospechosos y recusables los informes de una clase cuya casi totalidad persigue el mismo fin que los que sin reparar en medios agregan materias extrañas al artículo: el mayor lucro.»

Desengáñese el Sr. Pulido; los testimonios de más crédito, los más dignos de tenerse en cuenta son los de los productores y los de los verdaderos consumidores.

Un argumento citan los aceteros, y recoge el Sr. Pulido en su Memoria con fruición, que me recuerda lo que ha sucedido con los vinos de Jerez. Ante

